

CARNET LATCHAM

● Ricardo Latcham (1) no necesitó credenciales de embajador para ser conocido entre nosotros. Ya desde antes integraba con derecho propio esa pequeña, selecta, cerrada comunidad de personalidades americanas que es la que establece la comunicación y la circulación de las letras del continente, a falta de los organismos culturales de radio internacional. Viniendo después de un Henríquez Ureña, un Alfonso Reyes, un Alonso, él, como Uslar Pietri, como Manuel Bandiera, como Anderson Imbert, representa una nueva instancia de esa labor tesonera, y difícil como pocas, que consiste en hacer el balance, la selección jerárquica de una de las literaturas más confusas y caóticas del mundo: la hispanoamericana.

Tomar como especialidad crítica las letras de Hispanoamérica es, por gusto propio, condenarse a deambular por la selva casi impenetrable, como lo sabemos bien quienes hemos intentado abrirnos algunas "picadas" en ese conjunto tropical. Son docientos millones de hombres los que integran la comunidad parlante cuya existencia unitaria sólo parece valedera, hoy, para los críticos literarios. Pero ese universo es al mismo tiempo el de la carencia constante de informaciones, la confusión de todos los planos, la mezcla de lo espúreo y de lo más rico. Ese caos aparente ha provocado el desfallecimiento de los flojos, y no es sólo ahora que surgen los que renuncian a su tierra y a la cultura con que ella los ha dotado, y se encaraman como epígonos y ladrones de otras culturas. Son los menos, y en su actitud llevan la consiguiente condena: transformarse en meros parásitos, repetidores pasivos de los valores estéticos que en las culturas a que se suman están ya en bancarota.

Latcham pertenece en cambio a una raza de fuertes, ese conjunto de estudiosos y críticos a lo largo de los últimos treinta años han cumplido una labor que no por oscura y lenta es menos admirable: la de estructurar las letras de un continente, establecer la circulación de sus más altos valores y alcanzar lo que parecía un puro delirio imaginativo: la demostración de que existe orgánicamente una literatura propia, distinta, original, en tierras americanas. Puede datarse en 1913, por los años en que escribía el venezolana Pocaterra a quien Latcham dedica una de los primeros artículos de su volumen, el comienzo de un período de esplendor de la cultura americana. Podría llamarsele de la independencia literaria del continente. Lo que en estos casi cincuenta años se ha hecho es suficiente para demostrar varias cosas: la plural y rica creación de sus escritores, la novedad de sus orientaciones estéticas dentro del ancho cauce de las letras occidentales, la estructuración interna de una literatura propia, la actividad de una crítica alerta.

Es ésta, quizás, la que tropieza con mayores dificultades para su acción, como lo sabe por una reiterada experiencia. Ricardo Latcham: el conocimiento de las nuevas promociones y sus aportes originales sólo es posible alcanzarlo mediante los viajes y el contacto directo con los escritores de cada uno de los países americanos. El libro de Latcham es testimonio de su curiosidad siempre despierta por la nueva literatura, así como de sus últimas recorridas del continente: los tres sectores en que puede dividirse el material.—Venezuela, Uruguay y Chile—atestiguan la presencia de Latcham como profesor de la Universidad de Caracas, como embajador en el Uruguay, como chileno.

Pero hay algo más que hace la característica marcada del material aquí recogido. Carnet crítico, lo ha llamado su autor, y con exactitud. No se trata de un ensayo sobre las letras americanas, ni un estudio sistemático de corrientes y obras, sino la recolección de una serie de artículos periodísticos esparcidos por América, algunos de los cuales aparecieron en las páginas de este Semanario. Pertenecen por lo tanto a esa labor crítica que participa a la vez del enjuiciamiento estético y de la información periodística; escribiendo en Montevideo sobre Efraín Barquero, en Santiago sobre Benedetti o Clara Silva, en Caracas sobre Donoso, la preocupación mayor de Latcham es suplir la incomunicación del continente. Sólo por eso merece bien de toda la cultura de América. Debe agradecerse, por encima de cualquier discrepancia estética, esta tesonera y entusiasta labor que en esos momentos es una de las mejor cuan-

plidas en el campo que va desde Río Bravo a Tierra del Fuego, y que ha favorecido en forma destacada la difusión de nuestra literatura en el exterior. No ha faltado quien vinculara este libro a problemas políticos actuales, que nada tienen que ver con la actividad del crítico literario Ricardo Latcham, y buscara atacarlo con aviesa intención. A tales censores podría preguntársele quien, en la gran bambolla grotesca del mundo diplomático, ha hecho tanto por la cultura del país en que está acreditado. Ocurra que esta labor intelectual está por encima de las meras condiciones diplomáticas, y es patrimonio de quien tiene un nombre de escritor, respetado en América desde mucho antes.

Si tuviéramos que definir el tipo de crítica de Latcham, atendiendo a este volumen, diríamos que es, como lo fue Salinas, un "crítico de sosías", es decir, un hombre preocupado fundamentalmente por la defensa de los mejores valores de la literatura en un sentido afirmativo y beligerante. El Latcham que tiene en su haber ásperas polémicas—con Silva Castro, con Luis Alberto Sánchez—, que es autor de cruces



diagnóstico de algunos grandes de su tierra, se nos muestra aquí en una actitud de apoyo sistemático a las creaciones literarias destacando lo positivo de ellas y dejando en un segundo plano las objeciones que le merecen. Ya la selección de autores y de obras es un juicio artístico, y a partir de él se esfuerza en explicar los valores adquiridos, en mostrar las vinculaciones de las obras con

una realidad concreta. Sostén y defensa de la creación artística, con una actitud nada común en los grandes críticos americanos: el interés alerta por los nuevos.

Si exceptuáramos unos pocos artículos—sobre Pocaterra, sobre Mariana Picón Salas sobre Enrique Amorim o Alberto Zum Felde— encontraríamos que en su gran mayoría este libro está dedicado a los escritores de esa generación del año 50 que en toda América ha renovado las letras. La curiosidad, que es uno de los vicios menores de Ricardo Latcham, se vincula aquí a un seguro "dilatado literario" que le permite separar fácilmente del caos editorial donde mes a mes se acumulan centenares de títulos, aquellos de los escritores más promisorios de las figuras "ira cundas" como él dice, y que son las que avivan su simpatía. Eso explica que la simple revisión del índice del volumen pueda servir de guía acerca de la más nueva y creadora generación de literarios americanos. No creo que haya otro crítico en Hispanoamérica que pudiera hoy acometer la tarea de una revisión general de la nueva literatura continental. Quizás esa debe ser su próxima, más sistemática, más profunda, tarea intelectual.

Angel Rama

1 — Carnet crítico. Montevideo, A/R, 1960, 250 ps.

XXII, 1108, Mayo 25, 62